



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

## LA IRA Y LA PACIENCIA

Continuaré una semana más haciendo espeleología en el alma europea, internándome por el laberinto de los vicios capitales, esa relación que, como un tratado de psicología oscura, fue aceptada y transmitida durante siglos. Uno de esos siete vicios era la ira, es decir, la furia descontrolada. Séneca escribió un tratado sobre este tema que no se atrevió a publicar en vida de Calígula, un iracundo con poder, combinación sin duda temible. “No sin razón temes, más que a ninguna otra, a esta

pasión sombría y rabiosa”, escribió. Consideraba el filósofo cordobés que la ira nunca puede ser buena, pues es una locura breve, y el estado de enajenación, la pérdida del control, siempre es peligroso. ¿Tenía razón? ¿Es siempre mala la ira? Sobre este asunto discutieron mucho los moralistas antiguos. Aristóteles afirma que es necesaria para combatir al enemigo. Tomás de Aquino llega a decir que, a veces, lo que sería pecaminoso es no enfurecerse contra la maldad. De hecho, el diccionario recoge un tipo de furia moralmente necesaria: la indignación, que es la furia despertada por un hecho indigno. Aquino acaba diciendo, con razón, que los límites de la cólera los señala la justicia. Es decir, que la ira injusta es mala, y la justa ira es buena.

Pero lo que hace inaceptable la furia, lo que provoca un rechazo universal, es que hace perder al individuo el control de sí mismo. El colérico es un

enajenado. Y los humanos necesitamos convivir como hombres cuerdos. Por eso, la experiencia de una pasión desbordada ha producido siempre recelo o miedo en todas las culturas. Incluso la pasión amorosa ha sido mal vista, porque el enfermo de amor puede romper todos los vínculos sociales, cometer toda clase de excesos, y esto ninguna sociedad puede admitirlo.

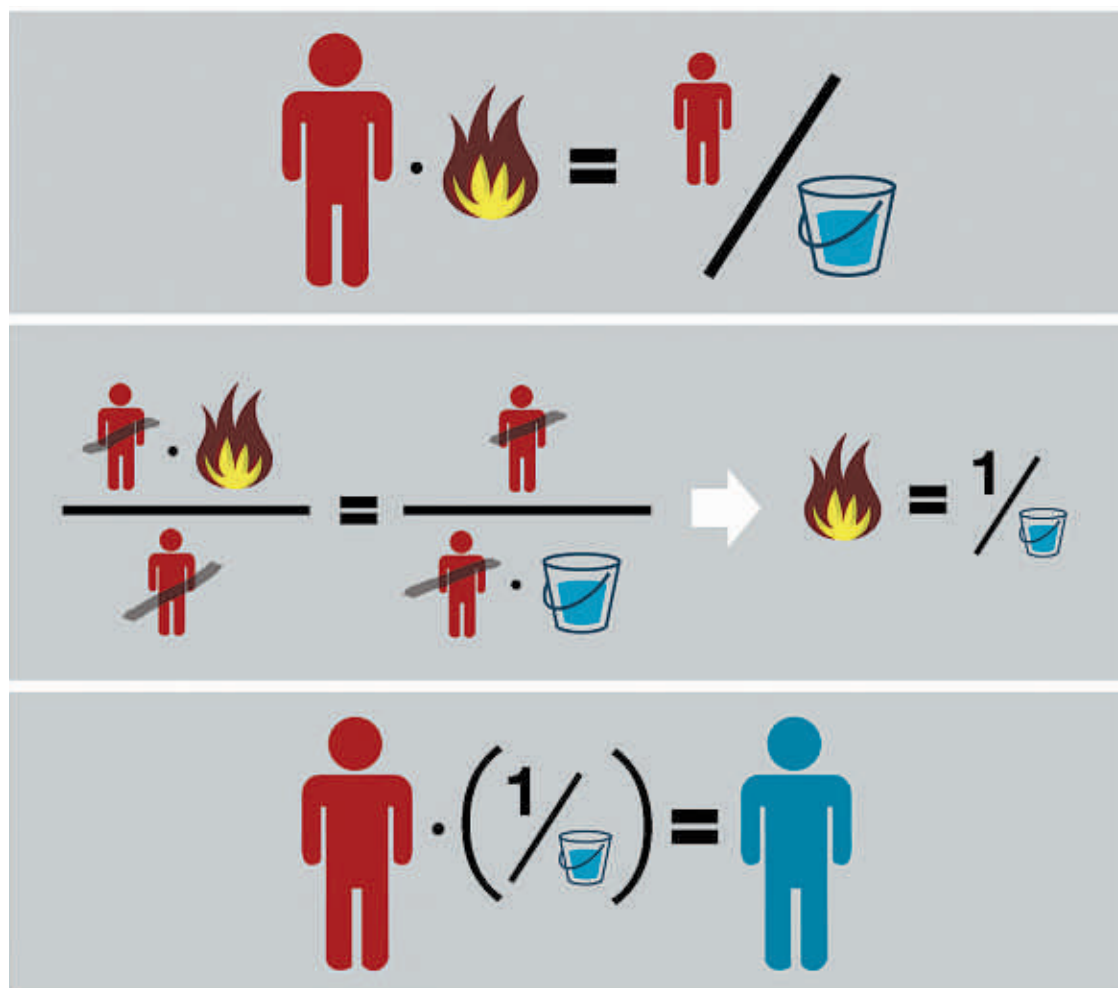
Cada vicio capital lleva aparejada una virtud que actúa como antídoto. En este caso se trata de la paciencia, una palabra injustamente devaluada en la actualidad. Se la confunde con la resignación o con el victimismo, pero en realidad es otra cosa. “Paciente no es quien no huye del mal, sino quien no se deja arrastrar por su presencia a un desordenado estado de tristeza”, escribe Tomás de Aquino. Añade una frase que transcribiré en latín para que recuerden la solemne cadencia de esta lengua, que

**LO QUE  
HACE QUE  
NO SE  
ACEPTE  
LA FURIA  
ES QUE  
HACE  
PERDER AL  
INDIVIDUO  
EL CONTROL  
DE SÍ MISMO**

forma parte también del alma europea: “Ne fragantur animus per tristitiam et decidat a sua magnitudine”. La paciencia preserva al hombre para que su espíritu “no sea quebrantado por la tristeza y pierda su grandeza”. Bellísima afirmación.

La paciencia nos permite adueñarnos de nuestra alma, por eso se opone a la enajenación

del furioso. También nos permite alcanzar los valores de aparición lenta, por eso se opone a la prisa. Rilke critica a dos enamorados porque cometieron el único pecado imperdonable: “Fueron impacientes”. Y Van Gogh escribe entusiasmado a su hermano: “¡Hoy he leído una verdadera frase de artista! La escribió Gustavo Doré, y dice: “Tengo la paciencia de un buey”. Así, la paciencia se convierte en tenacidad creadora. Hermosa relación que –¡cómo no!– recoge el lenguaje. El danés establece una perspicaz conexión entre *mod*, coraje, ánimo, *taalmod*, paciencia, ánimo para aguantar, y *longmod*, capacidad de emprender grandes cosas. El laberinto me ofrece más galerías que no puedo explorar. Lo siento. ■



Raúl